

mo la Chata la Garbancera, María Arias, ya por el año 1.900.

Natalio y Leonardo -Natalio Romero y Leonardo Castellanos- fueron los más decididos en la transformación del oficio por el comercio de la zapatería. La evolución de la vida y el estar establecidos en la calle San Andrés, recibiendo las solicitudes continuas de los marchantes, debieron ser las causas del cambio, estimuladas enseguida por el aliciente de la ganancia cómoda y el auge comercial. Entre los dos fue más decidido Natalio y tal vez porque Leonardo no tenía más que su sobrino Luis, mientras que el otro tenía varios hijos. Natalio tuvo la zapatería de hacer zapatos y también lo del principio de vender hechos, más arriba del señor Bonifacio, donde después, cuando él se bajó a la esquina de la Plaza, puso Segurita la carnicería de vaca y siguió luego Guzmán. Y allí lo recuerdo como si fuera ahora mismo, en la época que la Marota y el más chico de Barajas, zapatero también, moneaban por allí, cuando llegó aquella a la tienda, ya con algún surtido confeccionado, diciendo:

—Yo quiero una cosa que sea y no sea, ¿me entiendes?. Y Natalio, atusándose el bigote (1) para di-

simular sus confusiones, exclamó:

—Si mujer, te entiendo perfectamente, ¿Qué número calzas?

—El 36 largo. Yo quisiera una cosa que sea y no sea, ¿sabes?, para ir a los entrierrillos de los chicos y así. ¿Comprendes?

Pablo y Juan de Mata Marcos de León, los Parraros y Félix Martín Soldado eran de los de allí abajo; de la cuadrilla vieja, como Desiderio Mínguez Fernández, de grato recuerdo, con su zapatería de la Puerta Cervera hasta última hora. Hombre gordo, de buen carácter, como su hermano Miguel, el Colchonero, recurso al que recurrió también Desiderio y otros zapateros, como Félix el del Boquete, -Félix Castellanos Serrano-, el hermano de Enriquillo, porque el oficio no daba de sí para tantos y los veranos, que la buena temperatura y las alpargatas, les hacían la competencia, se ponían a hacer colchones y muchos al oficio de serenos, si bien esto durante todo el año.

En estos menesteres colaboraban mucho las mujeres, que también mediaban apareando en la zapatería, la Crisóstoma Román, de Desiderio, y la Quiteria Alcañiz, de Félix; la de Miguel era Villafranquera, la madre del cura Mínguez, Polonio, de la escuela de D. Cesáreo.

Personaje singular del oficio lo fue el Mudo el Zapatero, el Mudo Girón o Mudo de la Camarena-, Indalecio Marchante Rivas, Oropesa-, que nació en la calle Toledo y murió en la Placeta de la Justa, 1, hombre introvertido a causa de sus limitaciones, listo, trabajador y conocedor de su oficio como pocos, de mal aguante y contundente en sus resoluciones, siempre influenciadas por la suspicacia, inevitable en su estado. Estimadísimo como oficial de primera y respetado por las gentes, temerosas de sus intemperancias. A última hora, con la herencia de Girón tuvo una época de merecido bienestar. Cuando fruncía la boca, con la cara des-

(1) Natalio fue, a lo que alcanza mi recuerdo, el único zapatero con bigote, interpretado seguramente como pujo de señoritismo y mal visto por los amigos que bebían el zurra en el mismo vaso y lo sumergían en la lebrilla para llenarlo después de meter el bigote dentro. De los que dejaron el oficio solo recuerdo con bigote a José María el de los Papeles, que lo ví de beber y chupárselo con la corteza de limón infinitas veces y ninguna sin que la cuadrilla se lo afeara a gritos y a coro. Creo que Inocente, que se hizo un poco señorito, se dejó el bigote también, sin perderle por ello la querencia al vasete, y el Zapatero Gordo, ahora que me acuerdo, que cubría su labio con lacio bigote, a lo maquinista.